

## Las cartas apócrifas de Gloria Guardia

Cecilia Balcázar de Bucher \*

En esta particular lectura de las cartas de Gloria Guardia me propongo examinar, de manera sucinta, la matriz textual utilizada por la autora; el orden de construcción significativa, propio de la lectora-crítica-creadora, superpuesto sobre el orden original de la otra escritora. Sin entrar en la especificidad de cada carta, ni en la valoración de la fidelidad o verosimilitud que pudiera resultar de compulsar los textos apócrifos con la obra de las autoras subrogadas, o suplantadas, o recreadas. Este pareciera ser para algunos lectores el interés de la exégesis, como parámetro para juzgar de la adhesión y fidelidad - o de la deslealtad de la autora -, a una huella que está marcada en la obra de las protagonistas.

Me parece que es indispensable señalar la "*différance*" - como lo diría Derrida -, que establece una distancia o un vacío entre la pretendida autora, cuyo texto se re-marca, y la autora de la carta apócrifa. ¿Cómo no decir -se habrá preguntado ella-, cómo ocultar el secreto que se revela como la "venganza" de una verdad que se extiende en cada texto para conformar un cuadro acabado en donde no se dice, diciendo, o no se es, siendo?

Y si hablo, se habrá dicho inconscientemente, ¿Desde qué lugar hablar? ¿Desde qué otra? ¿Cómo articulo el discurso como si no fuera mío para poder expresar lo que es mío? ¿A quién llamar? ¿A quién acudir? ¿Y a quién va destinado este discurso críptico - como su nombre lo indica, si nos remontamos a la etimología de *apócrifo* -, envuelto en siete velos de sentido aparente que revelan, más que esconden, la desnudez del otro sentido?

¿Desde qué lugar en el tiempo hablarte a ti, Ricardo; a ti lector; a ti mi confesor; mi marido; mi amante; mi amigo; mi confidente político; desde qué hábito; desde qué confesionario, de cuál hospital o sanatorio, de qué nórdica ciudad, desde qué viaje al exilio del silencio, desde qué otra: la que vive, la que recuerda, la que narra? ¿A quién se destina mi palabra? y ¿Cómo transgredir este tiempo redondo y recurrente cuya huella se marca en la sintaxis, en el léxico, en la articulación del sentido de estos discursos que sustentan mi expresión?

¿Cómo disponer estas palabras desplazadas? ¿Cómo confesar y ocultar? Hablar y no hablar a través de la prosa escueta y clásica de la Santa. Decir y no decir a través de las

aceradas y lúcidas palabras de Virginia. Ponerse la máscara de una Teresa enfermiza y sentimental, orgullosa del valor de su pluma que codifica su transculturación y la de su clase social en el afrancesamiento de sus expresiones. ¿Cómo retenerse y darse en el lirismo de Gabriela, aludir al ocultismo, a la preocupación social en favor de los desposeídos? ¿Cómo guardar el secreto y divulgar, ahora, a través de Simone Weil, lo in-decible, la experiencia que está más allá de la palabra y que se intenta expresar en cada una de las cartas? ¿Cómo no dar cuenta de la escisión del yo que habla, que se habla y de la escritura que lo escribe? Del yo de Tania von Blixen que pinta, que narra su vida ante la mirada de ese otro yo presente de la Baronesa Blixen que la oye y que se unifica con Isak Dinesen, otro yo suyo, (mío?) que escribe mi propia vida en su texto.

¿Cómo no leer el yo de Gloria que reinscribe su vida, activamente, en la vida, en el texto de las otras; que se apropia del entramado de sus vidas ante la mirada tal vez desavisada de ese otro, el lector o la lectora, que la sigue con fascinación por el apretado tejido de los discursos superpuestos?

Ya transpuesta en el lugar de la otra, de Teresa de Jesús, en una especie de propedéutica para todos los textos, aparece el problema del llamado a la Divinidad que debe realizarse en silencio, acercándose en la oración al sitio donde se revela el Otro, sin palabras, en el "desierto del discurso". Este camino de negación, de anonadamiento de la Santa ante la Divinidad, es el mismo que se cruza entre Gloria y la Santa, entre la autora y cada una de las mujeres que la visitan y entran con ella en una unión cuasi mística en donde no se dice nada de la otra. Porque no se la define; ni se la describe - todo predicado o todo lenguaje predicativo puede ser inadecuado - pero se entra en la esfera de su ser, y en el diálogo silencioso con ella; se percibe el mutuo horizonte y se la hace portadora de la impronta; de lo que la autora apócrifa, críptica, quiere marcar, imprimir, como si se tratara de captar lo arquetípico de la psiquis humana, el molde virgen en donde se articula y sobrepone el nuevo sentido, dispuesto en el ordenamiento de las palabras ajenas.

Ninguna predicación describe tampoco a Gloria Guardia. La pluralidad, la inesencialidad del yo no permite aprehenderlo en proposiciones que lo delimiten. El acceso se da por una primera ascesis que consiste en liberarse del pensamiento racional, así como se libera la Santa en la oración. Como diría San Juan de la Cruz, en consonancia con el discurso de Santa Teresa, "para venir del todo al todo has de dejarte del todo en todo".

Hay entonces ese primer llamado de la primera carta. Hay ese dirigirse al Otro como exordio, como prolegómeno de

\* Ph.D. Correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua  
Ponencia ante Encuentro de Centroamericanistas

todo dirigirse a los otros, a las otras. Y un protocolo de etapas bien definidas para alcanzar la unión. La primera etapa, o primera agua, es la de la meditación realizada en el logos del discurso; una segunda agua, la del recogimiento o quietud, logra acallar el diálogo interior y, usando la facultad de la intuición, prepara la unión - en lo que la santa llama la tercera agua -, más allá de la razón, mediante la otra manera de estar en presencia, de establecer la relación apofática que está por fuera del discurso y de tener así la experiencia de la Divinidad, más allá de toda teo-logía. Y como lo dice Gloria, por boca de la santa, "Y todo esto es tanto gusto, suavidad y deleite que compararse no puede con lo pasado por lo que ahora es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se desprende la verdadera sabiduría y es deleitosísima manera de gozar el alma".

Ese anonadamiento y desarraigo es un hilo conductor de las cartas y una condición para la unión, que se realiza por la afinidad; por el amor: divino y desencarnado en la santa, no obstante el conflicto de la atracción erótica que se plantea en la carta; y pese a la confusión, que quisiera superar, entre lo humano y lo divino. Eros, en la mujer, como lo afirmaría quien conozca las disposiciones de la cábala, nace en la mente. Y esta reflexión erótica sobre el beso y las manifestaciones sensibles del amor, que figura en el exordio de la carta, dispuesta en el contexto bíblico del Cantar de los Cantares, donde siempre se la ha reconocido como tal, recontextualizada en la relación apasionada y trágica de Eloísa y Abelardo, se construye crípticamente en la relación de la santa con su confesor y en último término con la Divinidad.

En el caso de Virginia Woolf, es la incapacidad de amar; la imposibilidad de integrar la epifanía de la unión con el amor erótico y con la experiencia sexual - tan traumática para ella -, lo que la destina a la muerte. Lo que aparece en el texto es ese sentido de fragmentación que subyace la relación conflictiva de Virginia con Leonard y con su propio cuerpo "como algo ridículo -mirado, examinado, desvestido, criticado y descalificado a la vez-". Fragmentación interior que se origina en el pasado: "Qué no daría por arrancarme la huella maldita que George me incrustó". Desprecio que se proyecta desde la mirada objetivante y enajenante del otro que "me revisó de pies a cabeza, como si yo fuera una yegua en subasta".

Ni la una ni la otra de las autoras aludidas entenderían ese "modo horizontal de vivir" descrito por Teresa de la Parra, en donde cierta frivolidad, el afecto tranquilo, la amistad sin Eros, no puede llevar al éxtasis de la unión. Parece como si la autora apócrifa recorriera las modalidades de la psiquis femenina alrededor de este tema nodal de la unión con el

Otro y con los otros, convocados a través del destinatario de cada una de las cartas.

Para Gabriela Mistral el destinatario está ya por fuera del espacio humano. Se diría que después de todas las pérdidas y duelos de su vida el único interlocutor posible es ése que se ha ido ya irremediablemente pero con quien ella tiene el poder de comunicarse, como pareciera que se comunicara después de haberse ido ella misma con la autora apócrifa Gloria Guardia para escribir, con la finura de su estilo, su recado. Escrito éste con el sosiego de quien ha asumido el terrible don: "esta palabra que albergamos como un puñal hendido, sin piedad, en la carne".

La autora ha estado por años en el exilio del silencio. ¿Cómo no hablar, cómo seguir conservando este silencio, cómo no darse, dándose, en esta mujer singular, política y mística? Simone Weil es el lugar desde donde se toma la palabra. Pero si se habla, ¿cómo codificar la intimidad del secreto de modo que no sea reconocible? La política, como la religión en la Santa, tiene la huella del Eros. Y en la carta dirigida al sabio amigo se superponen ideas y sentimientos. Pero es preciso trascender el terreno en el que se ubica la confidencia en cuanto a las ideas políticas y a la declaración del amor. Porque el secreto está más allá. El amigo, amante que no es, cómplice político, está en el papel de confesor. Es el depositario de un secreto que se divulga al mismo tiempo que se guarda. La persona con quien se comparte una experiencia espiritual. De ella no se le ha podido hablar porque está más allá de las palabras. "Ni los sentidos ni la imaginación tuvieron que ver en lo que me aconteció en aquella circunstancia". Es innombrable; sobrecogedora. Es la tercera agua de la unión. La experiencia mística que es imperativo narrar, decir, compartir, por la intermediación, por la inter-posición de Simone para, al mismo tiempo, no decirla y salvaguardar el secreto de lo que se experimenta en el silencio.

Y en la última carta... el sol, ese gran ojo que ilumina, me entrega, Baronesa, a mí, Gloria, la que estoy en la sombra, "paisajes de su vida y la mía entretreídos desde hace ya mucho tiempo" y descritos, dibujados ahora con mi pluma. Yo, Isak, el que escribo, ese otro que hay en mí "Serenamente examino cada pliegue de mi rostro y me ajusto el viejo antifaz de Pierrot". Invento, para verme a través del antifaz, esa inmensa luna de espejo sin imagen. Escribo en la anamnesis los rasgos de mi misma; cierro los ojos al presente. Me desdibujo. Entre la imagen ciega de mí, que tengo en la memoria, y estas letras que escribo, que me escriben en la oscuridad de mi estudio, que me re-trazan y me retratan hay un hiato difícil de zanjar. Un paso difícil de dar. Un decir oblicuo que me esconde y me revela aun ante mi misma. Me

miro en su espejo, Baronesa, y doy a ver su imagen que una vez más eclipsa la mía. Me da miedo describirme y por eso me pongo su antifaz. Sé que a usted también le daba miedo y se protegía - como lo he hecho yo ahora, y en otras ocasiones con otros nombres -, con el nombre masculino de Isak. (Porque, puede ser que me reconozcan en la sofisticación de Teresa de la Parra; o en la poesía de mi prosa bien timbrada, capaz de las alturas de Gabriela; o que recuerden mi energía, mi denuedo, mi carácter insobornable como el de Simone. Puede que presuman hecatombes como las de Virginia; o elaciones como las de la Santa).

A usted también le da miedo decir todos los otros que se hacen presentes en usted cuando se ciega voluntariamente. Cuando deja de ver con los ojos inquisitivos que se advierten detrás del antifaz y los cierra para ver de veras, con los ojos abiertos a lo otro.

“Observo detenidamente sus ojos, descubro su mirada en la mía y comprendo por qué... usted y yo captamos... que hemos sido y somos las dos terceras partes de un todo”. Somos esta imagen difusa que quiere aprehenderse y teme darse forma; imagen que se encarna en el discurso críptico, en el discurso apócrifo de la otra para no decirse, para no escribirse directamente. Somos ese silencio lleno de sentido que se desborda y se re-traza en un fantasma, en un retrato hablado, escrito, donde es difícil para los otros percibirnos. Somos también, Baronesa, ese otro o esa otra al que nos dirigimos en una circularidad inacabable. De quien es y se ve ser y se ve viéndose: “Je suis étant et me voyant, et me voyant me voir” como diría Valéry.

“A mí el que ríe (Isak la que escribe) me fue dada la tarea de escribir el guión” un guión que me ha sido dictado. A usted, la del espejo, a usted la que es, la que soy, la trazo con un rictus de sarcasmo en los labios. Usted como yo tiene estirpe, ha llegado a la sabiduría y en esta prosa que escribimos juntas se percibe nuestro ritmo más íntimo. Se galopa casi sobre las palabras con su destreza y la mía. Usted es mi mejor *portrait*, mi porta rasgos, mi reveladora, la que le da luz al retrato que yo dibujo desde la sombra. Con usted, conmigo, la que escribe y ríe y con Tania la Scherazade, ágil como una pantera, que se refundió en el pasado pero que

conquista el amor en el presente por la audacia, la gracia, la finura de su arte, hemos hecho este pacto de ascender a la luz. Avanzamos en círculos, hasta confundirnos en esta trinidad y sellar nuestra unión en este amor que trasciende la bestia; integra en el vuelo todos los reinos de la tierra: mineral, vegetal, animal y hace alianza en lo alto. Todo se hace con usted, más complejo, más oscuro. A través de la narración puedo inferir, pero no se me da fácilmente a la percepción.

Yo, la que hablo en este sitio, en este Encuentro de Centroamericanistas, planteo una hipótesis según la cual la lectora - creadora se ha apoderado del artefacto generador de un discurso, de un logos capaz de expresar lo otro que hay en ella. El vacío, la negación de sí misma, la ascesis total del pensamiento le permite llenar, dándole rienda suelta a su propio inconsciente, las formas ajenas con la sutil disposición y exposición de su propia experiencia.

Sin embargo, ¿cómo no develar, develando? ¿Cómo mantenerme yo, la que esta crítica escribe, en la lealtad del secreto que mi lectura descifra, al mismo tiempo que abro esa lectura, que especulo sobre el autorretrato que aparece bajo los finos velos superpuestos? Intuyo la búsqueda secreta de su propio rostro, como si la autora ofreciera al lector que se acerca a su obra, desde la orilla de la creación, el dispositivo crítico propuesto en sus propios ensayos. Percibo el trazo magistral que delinea su rostro, como lo hace el dibujante, en la cuasi autonomía inconsciente del trazo. Los rasgos escondidos se acusan en líneas discontinuas. Pero hilvanan una imagen íntegra, desnuda, cubierta, sin embargo, con el manto que extiende sobre ella el pudor del arte y ante la cual, tal como lo propone la Baronesa Blixen, permanecemos en respetuoso y admirativo silencio

### Bibliografía:

- Derrida, Jacques, *“Cómo no hablar” y otros textos*, Barcelona, Anthropos, 1989.
- \_\_\_\_\_, *Mémoires d’aveugle*, Paris, Ministère de la Culture, 1990.
- Guardia, Gloria, *Cartas apócrifas*, Premio Nacional “Bogotá una ciudad que sueña”, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1997.